



LA CULTURA Y LA FORMACIÓN DOCENTE EN LA VIDA COTIDIANA ESCOLAR

ELÍ ORLANDO LOZANO GONZÁLEZ

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES IZTACALA, UNAM

TEMÁTICA GENERAL: PROCESOS DE FORMACIÓN

RESUMEN

Las instituciones escolares son espacios de cruce de culturas, sobre todo en el nivel superior. En la vida cotidiana de las universidades interactúan los diversos actores que ahí se encuentran, entre ellos se dan procesos de intercambio simbólico y se crean culturas. Incluso, en cada carrera o facultad se vive de cierta forma, se habla de cierta forma, se viste de cierta forma; cada carrera o facultad es una especie de mundo en constante relación con otros mundos. Esta ponencia pone especial énfasis en la figura del docente universitario; ¿quién es?, ¿cómo es?, ¿por qué ha llegado a ser de esa manera? Se trata de una discusión teórica en torno a la relación existente entre la cultura docente y la formación docente como resultado de procesos de intercambio simbólico en la vida cotidiana escolar a nivel universitario en instituciones específicas. Se define la cultura docente como una red de significaciones socialmente construidas en determinado grupo social respecto a la misma práctica docente, y la formación docente como el proceso mediante el cual los profesores se apropian de y transforman la cultura docente. Se enfatiza la importancia de la vida cotidiana escolar como espacio de interacción con diversos actores, objetos y situaciones que problematizan la práctica del profesor y lo incitan a la reflexión. La vida cotidiana escolar en contextos específicos se convierte, así, en una posibilidad para la formación reflexiva del docente. Esta visión permite abrir el panorama y considerar la formación de profesores más allá de la certificación.

Palabras clave: Cultura Docente, Formación Docente, Vida Cotidiana Escolar, Universidades.

Introducción

La presente ponencia es resultado del trabajo en dos frentes: por una parte las labores emprendidas como parte del proyecto PAPIIT: "IA401317 - Cultura y Formación Docente en la FES

Iztacala”, con financiamiento de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), proyecto del cual soy responsable y que se encuentra en proceso de realización; por otra parte, surge de mi participación en los seminarios “Fundamentos teórico-filosóficos en torno a la formación” y “Tendencias y modelos en torno a la formación de profesores”, efectuados como parte de las actividades del Proyecto de Investigación Curricular de la Unidad de Investigación Interdisciplinaria en Ciencias de la Salud y la Educación (UIICSE) de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la UNAM.

Lo escrito en estas páginas es producto de una labor sistemática de investigación, de la lectura y el análisis de diversos autores que abordan el tema y de la recopilación de testimonios de profesores. Pero su génesis va más allá, remite a la vida cotidiana, a la observación del medio en el que me he desarrollado. Al ser un miembro activo de la comunidad académica de la UNAM desde hace muchos años (primero como estudiante y luego como profesor-investigador) he convivido con diversas personas que también forman parte de la misma comunidad.

A partir de la observación de la vida cotidiana en la Universidad he notado diferencias en la forma de comportarse, de hablar, de vestir, de organizarse, de dirigirse a la autoridad, de interactuar entre sí, diferencias en el *modo de ser* entre los miembros de la comunidad académica (alumnos, profesores y autoridades) de distintas facultades y carreras. En mi trayectoria académica he vivido el día a día en tres facultades diferentes de la UNAM: la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, la Facultad de Filosofía y Letras y la Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Puedo decir que cada una ellas es un mundo en sí mismo, e incluso, cada carrera que se imparte en las facultades mencionadas se convierte en un mundo más pequeño. Mundos dentro de otros mundos.

Se trata de mundos que encierran una gran complejidad, con dinámicas de interacción propias, con códigos de comunicación y comportamiento propios. Mundos que comparten similitudes con otros mundos, pues interactúan entre sí, pero que tienen claras distinciones de los demás. Cualquier persona que haya pasado algún tiempo en la UNAM sabe que la vida en una facultad o carrera se distingue de las demás, así como la vida de la UNAM se distingue de la de otras Universidades. Y lo mismo sucede en cualquier otro espacio universitario.

Se podría decir que cada universidad tiene su propia cultura, y dentro de cada universidad se viven otras tantas culturas propias de las diversas facultades o carreras. Los alumnos adquieren ciertos rasgos que los identifican como miembros de determinada carrera o facultad, los profesores también, las autoridades tampoco escapan a ello. Esto no quiere decir que todos sean iguales, pero comparten elementos entre sí: comparten la cultura.

Con mis ojos de investigador educativo me comencé a preguntar respecto a esas características de la vida cotidiana en la UNAM, a esas diferencias culturales antes descritas, respecto a esos mundos insertos en mundos más grandes: ¿qué características tienen?, ¿cómo surgen?, ¿se pueden investigar?, ¿cómo se pueden investigar?

Dichas preguntas son abrumadoras, investigar la vida cotidiana en una institución tan compleja como la UNAM no es tarea fácil, para ello fue necesario delimitar, y así puse especial atención en un personaje de importancia fundamental: el profesor. El profesor universitario es una figura relevante en la construcción de la vida cotidiana escolar; sobre el profesor recae gran parte de la tarea de enseñanza, qué se enseña y cómo se enseña son decisiones que recaen primordialmente en su figura debido a la libertad de cátedra; el profesor también marca las pautas de convivencia en el aula, es también una autoridad. Todo ello y más hace del profesor un ejemplo para los alumnos, un modelo de comportamiento.

Sin embargo el profesor no actúa fuera de cierto marco, desempeña su labor en cierta institución, se tienen de él ciertas expectativas, se le regula mediante ciertos mecanismos de control o evaluación que varían de institución a institución. El profesor forma parte de la cultura-mundo en que desempeña su labor, adquiere esa cultura, pero también contribuye a su construcción con su propia acción.

Esta reflexión me llevó a considerar el aspecto de la formación docente; ¿cómo se forman los profesores universitarios?, ¿qué procesos los llevan a adquirir su forma?, ¿cómo es esa forma? Pensaba en la formación de los docentes y ello me remitía a su forma, la forma me llevaba a pensar en el *modo de ser*, lo que a su vez me remitía a su cultura, específicamente su cultura docente, y finalmente, llegaba de vuelta con la vida cotidiana escolar y la manera en que en ella se manifiesta la cultura. Cultura y formación docente, procesos encadenados entre sí.

Posteriormente encontré un sustento teórico a lo anteriormente descrito, y de ello trata esta ponencia, de ofrecer al lector un sustento teórico a las interrogantes antes planteadas. Para ello, en primer lugar se discutirán dos conceptos principales: cultura docente y formación docente. Posteriormente se analiza el asunto de la vida cotidiana escolar y su relación con los puntos anteriores.

La cultura y la formación docente

Desde el surgimiento de la inquietud que llevó a la realización de esta investigación, inquietud surgida de la vida cotidiana y por ello mismo del sentido común, se ubicó una relación entre la cultura y la formación, parecían ser procesos encadenados. Pero una investigación no se puede sustentar en el sentido común, requiere un sustento teórico y la construcción de una problemática teórica que, en

palabras de Bourdieu (2008), “permite someter a un examen sistemático todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados.” (p. 60) Así que emprendí una tarea de lectura y análisis de diversos autores, y encontré que efectivamente existe una relación estrecha entre los conceptos de cultura y formación.

Con respecto a la cultura, Giménez (2007), la define como “la organización social de significados interiorizados de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas, y objetivados en formas simbólicas, todo ello en contextos históricos específicos y socialmente estructurados.” (p. 49)

Es decir, se ubica a la cultura como un fenómeno público, pero con características individuales, ya que los significados se interiorizan en cada caso particular, aunque este es un proceso que sucede en sociedad, en contextos históricos específicos. Muchas de las ideas plasmadas en la definición anterior convergen con lo planteado por Geertz (1987), quien considera que la cultura “consiste en estructuras de significación socialmente establecidas en virtud de las cuales la gente hace cosas y se adhiere a éstas” (p. 26).

Se admite que la cultura no es un fenómeno meramente psicológico y cognitivo, sino más bien de carácter social y contextual debido a la gran diversidad de grupos sociales que existen, cada uno con características propias que lo distinguen de otros. Geertz (1987) retoma algunas ideas de Max Weber y afirma que “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre” (p. 20). La conducta humana es vista como acción simbólica; las palabras, las conductas, los sentimientos, toda acción y creación humana responden a un orden simbólico, tienen significados.

Se podría definir a la cultura, entonces, como una red compleja de significaciones que los individuos atribuyen a los objetos sociales. Esta red se construye en los grupos sociales y permite al individuo ser parte de los mismos, ya que se apropia de dichos significados, que son de carácter público, por lo tanto posibilita la comunicación e interacción dentro de los grupos sociales.

Si se tiene en cuenta que la sociedad es plural y diversa, estas significaciones que forman la cultura no son de carácter universal, sino que están circunscritas a ciertos límites temporales y espaciales. Aquella persona que pretenda estudiar esto debe tener en cuenta que los objetos, las palabras, las acciones, etc. tienen significados diferentes en contextos diferentes. Por lo tanto no se puede hablar de una sola cultura, sino de muchas culturas locales. En el mismo tenor, Pérez Gómez (1998) define la cultura como:

El conjunto de significados, expectativas y comportamientos compartidos por un determinado grupo social, que facilitan y ordenan, limitan y potencian, los intercambios sociales, las producciones simbólicas y materiales y las realizaciones individuales y colectivas dentro de un marco espacial y temporal determinado. La cultura, por tanto, es el resultado de la construcción social, contingente a las condiciones materiales, sociales y espirituales que dominan un espacio y un tiempo. Se expresa en significados, valores, sentimientos, costumbres, rituales, instituciones y objetos que rodean la vida individual y colectiva de la comunidad. (pp. 16-17)

Pérez Gómez (1998) analiza la escuela como un cruce de culturas, considera que la escuela es un espacio de intercambio y transacciones simbólicas que se convierte en el marco de construcción de las significaciones de los individuos. Habla, así, de una cultura escolar, que incluye a los diferentes actores que en dicho espacio confluyen. Pero en esta investigación el foco está puesto en el docente, por ello se habla más bien de cultura docente, la cual se puede entender como el entramado de significados que el mismo docente construye en torno a la práctica docente.

Se puede inferir que dicha cultura implica una forma de ser, actuar y significar la docencia, y que dicha cultura se construye en el mismo proceso de ser docente, que no sólo se restringe a dar clases, sino que implica una serie de interacciones con diversos actores, objetos y situaciones del entorno social en el que los académicos se desenvuelven cotidianamente. Y es aquí donde entra el asunto de la formación.

Existen diversas nociones y perspectivas teóricas y filosóficas para entender y definir la formación. Pero en la construcción realizada en esta investigación se entiende que la formación refiere al proceso mediante el cual las personas se apropian y construyen cierta cultura (Gadamer, 2012; Hegel, 1984; Honoré, 1980; Yurén, 1999; Ducoing, 2005, 2013).

Hegel (1984) menciona que el ser humano no es por naturaleza lo que debe ser, sino que en su devenir va siendo. Menciona que “el animal no necesita de formación, ya que por naturaleza es lo que debe ser. Es un ser natural solamente.” (p. 63). Pero el ser humano, inserto en la cultura y la sociedad, requiere formarse. La superación de la naturaleza es la formación, pero no consiste en tener impulsos, no se trata de despojarse de la naturaleza animal, sino de controlarla mediante el uso de la razón. Se habla así de formación cultural, se trata del acceso a la cultura. La formación es, en primer lugar, la adquisición de cierta cultura para dominar la propia naturaleza.

Pero además, tanto Gadamer (2012) como Hegel (1984), dicen que la formación consiste en ascender de la particularidad a la universalidad o generalidad mediante la predominancia de la razón, implica conocer otros puntos de vista y aceptarlos como válidos, actuar con mesura, con prudencia y

tacto. Dice Hegel: “ir más allá de lo que se sabe y vive de su ambiente inmediato, aprender que hay otros y mejores modos de comportarse y de actuar, y que los suyos no son los únicos.” (1984: p. 64).

Gadamer (2012) apunta que la formación va más allá de las conductas, habilidades y destrezas, y por tanto del desarrollo de capacidades o talentos. Considera que en la formación “uno se apropia por entero de aquello en lo cual y a través de lo cual uno se forma, de manera tal que en la formación alcanzada nada desaparece, sino que todo se agranda” (40). De esta manera la formación implica un proceso acumulativo, que permite ver las cosas de otra manera, cada vez más abarcante. Esto es, en otras palabras, la apropiación, y al mismo tiempo, construcción de la cultura.

De esta manera, la formación no consiste únicamente en la adquisición o apropiación de una cultura, sino que también implica la transformación de la misma a través del ascenso a la generalidad, que se podría entender como la apertura del individuo a nuevas posibilidades desconocidas para él de acuerdo a la cultura que posee. Esto lleva a la transformación misma del mundo social.

La formación es transformación del individuo y de la cultura; es salir de sí mismo y acceder a algo más. De acuerdo con Honoré (1980) la formación implica salirse del espacio de confort, enfrentarse a otros escenarios y sujetos que confrontan nuestras prácticas. Es interprofesional e interpersonal, se da en grupo, en la colectividad; la formación sucede a través de la interexperiencia, lo que implica el contacto con otros. Es una actividad compleja, requiere un conocimiento progresivo de la realidad que se da en la relación con los otros y con los objetos, en la interacción con la realidad.

Honoré considera que la formación sucede únicamente mediante una actividad reflexiva, que distingue de la actividad reflectante. La actividad reflectante sirve para reproducir lo existente, en todo caso para discriminar y aplicar; remite a los procesos de transmisión de información, capacitación, adiestramiento o entrenamiento; también se asemeja a los procesos de socialización, que implican integrarse a la sociedad hecha previamente.

Pero la formación es una actividad que requiere la reflexión, que lleva a la transformación de lo existente, la innovación, la creación, la crítica y la re-significación. Bajo esta idea, sólo hay formación cuando se reflexiona (y con ello se transforma) el mundo en el que uno se desenvuelve (Honoré, 1980). Se transforma uno mismo, sus prácticas, sus acciones, sus significados, su habla; y con ello transforma su entorno, su cultura.

Para que ello suceda, Honoré (1980) coincide con Ferry (1990) en que la formación no se puede dar sino como un proyecto de transformación personal: “formarse no puede ser sino un trabajo sobre sí mismo, libremente imaginado, deseado y perseguido, realizado a través de los medios que se ofrecen o que uno mismo se procura” (Ferry, 1990: p. 43).

La formación, como proyecto personal es al mismo tiempo un proceso de formación de la personalidad; es un proyecto propio en el que se acepta, rechaza, supera o modifica a la generalidad, lo que otros hacen y aceptan como válido o virtuoso. La formación es transformación, por ello también hay una contradicción entre lo que se es y lo que se quiere ser. Diría Hegel, la formación es un deber para consigo mismo.

Con estas ideas, la formación docente equivale a la apropiación de la cultura docente, pero también lleva a su transformación. No implica sólo dar clases en una institución, tampoco se trata de repetir y aplicar lo que otros hacen o lo que al propio docente se le ha enseñado o exigido hacer. Formarse como docente quiere decir que la persona ha asumido como proyecto personal el *ser docente* y que reflexiona al respecto para transformarse a sí mismo como profesor, confrontando sus viejas prácticas, las prácticas e ideas aceptadas, incluso las exigencias institucionales, para mejorarse a sí mismo en su rol docente y con ello transformar la cultura docente en la que se encuentra inserto.

En el caso de las universidades, las personas encargadas de la docencia pueden ser médicos, abogados, psicólogos, contadores, etc., y al mismo tiempo estar dando clases. Pero bajo estas ideas, no estarían formados como docentes sino hasta que ellos mismos se asuman como docentes y adquieran y transformen las formas (culturas) propias de la profesión, formas no universales, sino construidas en contextos particulares, en determinada institución, en cierta carrera, en cierto momento.

El proceso formativo de un docente no es la simple asimilación de una cultura docente, sino que es más bien una construcción en la que se ven involucrados los diferentes elementos del entorno en el que un individuo se desarrolla: el entorno escolar. El individuo toma diversos elementos de su realidad social con base en los cuales construye los significados de los distintos objetos que lo rodean, asume una cultura para luego modificarla mediante su reflexión, en la búsqueda de nuevas configuraciones y significaciones del mundo.

El proceso mediante el cual los profesores universitarios construyen su cultura docente no sólo implica su formación académica (licenciaturas, posgrados, cursos, diplomados, etc.), sino que se da en la interacción con otros actores y la institución misma.

La cultura y la formación docente en la vida cotidiana escolar

De Garay (2004) considera que el papel de la universidad no se delimita únicamente a lo académico, sino que es también un espacio de convivencia y como tal, de socialización y adquisición de diversas culturas. El mismo autor menciona que en toda universidad, entendida como la institución social encargada de la formación de profesionales, se desarrollan dos sistemas: el sistema académico y el sistema social.

El académico se refiere a “todas aquellas características y actividades institucionales que se centran alrededor de los planes y programas de estudio, fundamentalmente en todo aquello que tiene que ver con el proceso de enseñanza aprendizaje.” (de Garay, 2004: 25) Esta cita lleva a pensar de inmediato en el estudiantado, pero universidades como la UNAM no sólo tienen oferta académica para los estudiantes, hay una amplia oferta para los profesores, la UNAM posee programas académicos que pretenden la formación docente, cursos, diplomados, talleres, becas de posgrado, etc. Programas diseñados en función de los perfiles profesionales y demandas de cada carrera que se imparte, los planes de estudio y las características de los profesores y alumnos.

Pero la formación y cultura docente no se limitan únicamente al aspecto académico antes descrito, se manifiesta y produce también en la vida cotidiana, más allá del salón de clases, más allá de cualquier planeación educativa. Se da también en el otro sistema mencionado por de Garay, el sistema social, que:

Se centra alrededor de los procesos de interacción que se generan entre los mismos estudiantes, entre éstos y los profesores fuera del ámbito de los planes y programas de estudio de las licenciaturas, con la institución en el sentido más amplio, al margen del currículum y de la práctica educativa en sentido estricto. Se produce en los pasillos, en los jardines, en la cafetería, en los espacios institucionales donde se ofrecen eventos culturales y artísticos; son actividades tan importantes y necesarias como las intelectuales. (de Garay, 2004: 26)

Para analizar la cultura docente y la formación docente se deben contemplar las interacciones que el académico tiene con otros actores y la forma en que se desenvuelve en diversos espacios, que son a su vez de textura compleja y dinámica. También tiene mucho que ver la propia institución, pues el docente se desenvuelve en un marco institucional que se concreta en el currículum, que responde a su vez a un proyecto institucional y nacional que incluye conocimientos, valores, prácticas, identidades y culturas.

Es a partir de la información que los académicos reciben en distintos medios dentro y fuera del aula y de las interacciones que sostengan con la institución y sus diversos actores, que construyen su cultura docente, una cultura que a su vez orienta y transforma su accionar cotidiano, su discurso y sus prácticas dentro y fuera del salón de clases.

Las culturas funcionan como patrones de intercambio precisamente porque forman una coherente red de significados compartidos que los individuos generalmente no cuestionan y se admiten como marcos útiles y presentes en los procesos de comunicación. Los significados se objetivan en comportamientos, artefactos y rituales que forman la piel del contexto

institucional y que se asumen como imprescindibles e incuestionables por su carácter previo a la intervención de los agentes. (Pérez Gómez, 1998: p. 16)

En este marco descrito por Pérez Gómez la formación, en el sentido de la reflexión y la transformación, se torna difícil, pues el docente se inscribe en lo establecido, se apropia de las culturas docentes propias de su contexto, institución o disciplina y nos las cuestiona. Pero la vida cotidiana en una universidad siempre plantea nuevos retos, siempre enfrenta a los sujetos a nuevas experiencias, a otros puntos de vista. Es en ese intercambio con los otros, dentro y fuera del salón de clases, donde cabe la posibilidad de la formación.

De acuerdo con Ferry, “de la formación uno espera, definitivamente, el dominio de las acciones y situaciones nuevas, el cambio social y personal” (1990: p. 45). La vida cotidiana de un profesor universitario implica siempre el enfrentamiento a lo nuevo y desconocido, se da en la interexperiencia y en la interdisciplina. Ahí, existen condiciones propicias para la formación.

Conclusiones

Actualmente existe una fuerte relación entre escolaridad y formación. Por lo que en muchas ocasiones se utilizan palabras como capacitación, profesionalización, actualización, adiestramiento u otras similares como equivalentes de formación. Esto sucede debido a las características de la sociedad moderna, en donde los conocimientos que una persona posee deben ser avalados por un título, certificado o diploma expedido por alguna institución educativa, esto con el fin de integrarse en el mundo laboral y productivo que la sociedad moderna exige. Se demerita, de esta manera, toda formación que no esté avalada por una institución educativa, que no esté certificada.

En el caso de los docentes existe incluso un mercado de la formación, se ofertan cursos, talleres, diplomados, posgrados donde se *forman* docentes y se certifica su formación, y es un mercado con mucha demanda. Sin embargo, con lo aquí discutido, concluyo que la formación es algo mucho más complejo. La formación docente no es únicamente la escolaridad, los grados académicos, cursos, talleres o diplomados obtenidos por los profesores, es un fenómeno de mayor complejidad que se da en la vida cotidiana, que no excluye la formación académica formal o no formal, pero que incluye muchos otros elementos que se dan en las interacciones sociales cotidianas, en la cultura docente.

Actualmente vivimos lo que se podría denominar una “cultura docente de la certificación”, un afán por obtener la mayor cantidad posible de constancias que certifiquen que el profesor ha sido *formado* y así obtener diversos beneficios laborales. Las mismas instituciones lo exigen. En este contexto queda cuestionarse: ¿Dónde queda la formación de los docentes que se da en la vida cotidiana escolar?, ¿qué valor tiene todo lo adquirido y reflexionado en la propia experiencia y el

contacto con los otros?, ¿cabe la posibilidad de la reflexión y la crítica cuando todo parece reducirse a obtener constancias?, ¿hay verdadera formación en la certificación?

No pretendo demeritar la oferta de *formación* ofrecida por diversas instituciones que resulta en certificaciones, constancias, diplomas o títulos, sin duda es importante en los procesos formativos de los profesores. Pero la idea de que la formación se limite sólo a aquello que se puede certificar deja fuera la gran riqueza que reside en la vida cotidiana.

Referencias

- Bourdieu, P. (2008). El oficio del sociólogo. México: Siglo XXI.
- De Garay Sánchez, A. (2004). Integración de los jóvenes en el sistema universitario: prácticas sociales, académicas y de consumo cultural. Barcelona – México: Pomares.
- Ducoing Watty, P. (2005). En torno a las nociones de formación. En Ducoing Watty, P (ccord.), Sujetos, actores y procesos de formación. Tomo II. Colección: la investigación educativa en México 1992-2002. México: COMIE.
- Ducoing Watty, Patricia (2013). Procesos de formación. Volumen I - 2002-2011. Colección Estados del Conocimiento. México: COMIE, ANUIES.
- Ferry, G. (1990). El trayecto de la formación: Los enseñantes entre la teoría y la práctica. México: UNAM – Paidós.
- Gadamer, H. G. (2012). Verdad y Método. Salamanca: Sígueme.
- Geertz, C. (1987). La interpretación de las culturas. México: Gedisa.
- Giménez, G. (2007). Estudios sobre la cultura y las identidades sociales. México: Conaculta-Iteso.
- Hegel, G. W. F. (1984). Propedéutica filosófica. Madrid: Alianza.
- Honoré, B. (1980). Para una teoría de la formación: Dinámica de la formatividad. Madrid: Narcea.
- Pérez Gómez, A. I. (1998). La cultura escuelas en la sociedad neoliberal. Madrid: Morata.
- Yurén Camarena, M. T. (1999). Formación, horizonte al quehacer académico (Reflexiones filosófico-pedagógicas). México: UPN.